

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Jueves santo: Antigua y Nueva Alianza

Como lo hacían todas las familias judías, también Jesús se reunió con sus discípulos para celebrar la pascua y compartir la cena pascual. Se recordaba la liberación del pueblo hebreo de su cautiverio en Egipto.

En estos ritos, el jefe de la familia recordaba los hechos más importantes de la historia del Pueblo de Dios. Era como una solemne renovación de la Antigua Alianza entre Dios y su pueblo.

Es esta Pascua judía la que Jesús desea comer con sus discípulos. Pero ésta se va transformando esta noche, la víspera de la Pasión del Señor. El Cordero de Pascua de esta noche va a ser el mismo Jesús, que se ofrece a sus discípulos como alimento, y que pronto dará su vida en la cruz.

Con esto se inicia una Nueva Alianza: un nuevo Pueblo va a sellar una Alianza Nueva con Dios. Es lo que nos recuerda San Pablo: *“Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre”*.

El Jueves Santo es el inicio de los sacramentos de la Nueva Alianza. Durante la cena instituye Jesús la Eucaristía y el Sacerdocio.

Pero hay algo más: por la mañana del Jueves Santo se celebra en la Catedral de cada diócesis la Misa Crismal donde el Obispo consagra los santos óleos, que servirán a lo largo del año para los diversos sacramentos: Bautismo, Confirmación, Ordenación sacerdotal y episcopal, Unción de los enfermos.

Pero el núcleo de toda la vida sacramental en la iglesia es la Eucaristía donde se repiten los gestos y las palabras de Jesús cuando instituyó la instituyó, en la víspera de su muerte. En cada Misa se celebra la Pascua de la Nueva y Eterna Alianza.

No hay más que una sola víctima, Cristo, que se ofrece sobre la cruz, aunque haya innumerables Misas. No hay más que un solo sacerdote, Jesucristo, aunque alrededor del altar haya hombres que son sacerdotes de la Iglesia.

La Eucaristía es por excelencia, el **Sacramento de la unidad**. Por eso, el Señor hoy nos pregunta: ¿cómo vivimos la unidad con nuestros hermanos? Si nuestro corazón es limpio, pero cerrado a los demás, ¿de qué sirve?

Nuestro corazón tiene que abrirse a los hermanos en la medida que entra el Pan de la unidad. Y la misma Eucaristía, nos compromete para hacer la unidad entre los hermanos: cuando salgo de la Misa, tengo que llevar esta unidad eucarística a mi casa, mi trabajo, mi barrio, mi parroquia, mi partido político, a todos mis hermanos.

La Eucaristía es también el **Sacramento del amor**. Jesús mismo nos muestra como Él entiende eso. En un gesto de humildad y amor servicial les lava los pies a los discípulos. Nos revela de ese modo que ser Dios es **SERVI**R: nos muestra a un Dios que, porque ama, sirve a quienes ama; porque ama, se entrega a todos los que lo buscan con un corazón sincero: *“Si yo os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”*.

Hoy más que nunca, todos los cristianos debemos entender nuestra vida como un gran servicio permanente al hermano necesitado, al hermano que depende de nuestro amor. Y sabemos que servir generosa y desinteresadamente no es fácil, porque va a contramano con nuestro egoísmo, con nuestro afán de dominar, de servirnos de ellos.

La Sma. Virgen entendía así su vida. En la hora de la Anunciación se proclama la esclava del Señor. Es porque sabe que la vocación de ser la Madre de Dios le exige convertirse en la primera servidora de Dios y de los hombres.

Queridos hermanos, la Eucaristía, instituida el primer jueves Santo, es el sacramento de la unidad y del amor servicial. Pidámosle, por eso, al Señor que nos regale ese espíritu y que nos haga trasmitirlo a todos nuestros hermanos. Sólo así podremos construir juntos una nueva patria, más cristiana, más fraternal, más solidaria.